

El lugar de la Arquitectura. Prólogo a un posible diálogo entre arquitectura y filosofía hoy

Una de las tendencias dominantes durante la segunda mitad del siglo XX fue la que insistió en plantear la posibilidad de un diálogo entre la filosofía y la arquitectura a partir de los términos establecidos por Martin Heidegger en su famoso ensayo *Construir, habitar, pensar*. El texto de Heidegger, pronunciado originalmente como conferencia en 1951 dentro del Segundo Coloquio de Darmstadt entre pensadores y arquitectos, dedicado al tema "Hombre y espacio", retomaba las tesis formuladas en el preámbulo a la convocatoria de dicho encuentro—en particular la idea de que la época presente era la época de la tecnología y su carácter más acusado, la "falta de hogar"— para profundizar en ellas y darle un sesgo distinto al acuciante problema de la escasez de viviendas suscitado al término de la Segunda Guerra Mundial por la destrucción de muchas ciudades europeas y el pujante ascenso demográfico. El problema cultural y estético de la pérdida de patrimonio histórico-arquitectónico también quedaría modulado por este cambio de perspectiva. ¿Falta de vivienda o falta de hogar?, vino entonces a preguntarse Heidegger, remontando la cuestión técnica de cómo planificar las nuevas estrategias edificatorias a la cuestión ontológica de en qué consistía para el hombre habitar el mundo y hasta qué punto la pérdida de habitabilidad era algo más esencial y anterior a la reciente conflagración bélica. En paralelo con la denuncia del talante antropocéntrico de la mentalidad moderna llevada a cabo en su *Carta sobre el humanismo* (1947), Heidegger sentó aquí las bases para una de las críticas más intensas a las utopías racionalistas y funcionalistas que habían inspirado las teorías arquitectónicas de la modernidad. Situó de ese modo la crisis experimentada por la arquitectura y el urbanismo del momento en la estela de la crisis de las ciencias europeas diagnosticada también por su maestro, Husserl, en 1936, como otro testimonio del fracaso de dichas utopías. Aún así, y no sin tensiones, el discurso y la práctica arquitectónicas se mantuvieron durante bastante tiempo apegados a criterios utilitaristas, pretendiendo todavía encarnar en ellos los valores, cada vez más cuestionados, del progreso y la modernización tecnológica.

Hasta cierto punto era previsible dicha resistencia, dado que la propuesta heideggeriana de recuperación de la esencia originaria del habitar humano, leída preferentemente en una clave que exageraba sus aspectos más nostálgicos, no llegó a cuajar en muchos casos sino en apelaciones románticas, cuando no descaradamente conservadoras, a un arte edificatorio armoniosamente integrado en el entorno natural (y donde el ejemplo mismo de la vieja cabaña rural en la Selva Negra, con el que Heidegger concluía su conferencia, delataba los límites de su capacidad para imaginar ese "otro inicio" arquitectónico). De este modo, el cuestionamiento de la idea moderna de la arquitectura como mimesis de una humanidad ya históricamente evolucionada hasta su mayoría de edad—y entregada, por tanto, al despliegue autosatisfecho de sus principios de racionalización y funcionalización de todo lo real— quedó bloqueado en buena medida por esos confusos mensajes, que parecían reclamar más bien un retorno a la idea de la arquitectura como mimesis de la naturaleza o, cuando menos, como expresión de la copertenencia originaria de hombre y mundo. Navegando de forma ambigua entre el carisma artístico y la eficacia técnica, los arquitectos siguieron aplicando patrones del pasado—tanto el orgánico-natural como el racional-cartesiano— conscientes en el fondo de que ya no respondían cabalmente a los requerimientos del mundo que se avecinaba.

Probablemente ha sido sobre todo la transformación experimentada por el paisaje urbano en los últimos decenios del siglo pasado lo que ha reabierto e intensificado el interés por un diálogo entre arquitectura y filosofía, capaz de ir más allá de estas alternativas caducas y de reinscribir en un horizonte teórico más

fructífero el debate auspiciado por las consideraciones de Heidegger. La quiebra del modelo centralizado de ciudad, que irradiaba una distribución homogénea de los espacios a partir de un único núcleo urbano, comenzó a hacerse cada vez más evidente, al tiempo que el vocablo "posmodernidad" ganaba adeptos entre los interesados en describir las formas arquitectónicas y urbanísticas emergentes. Creo, sin embargo, que, más específicamente, ha sido la perspectiva aportada por la hermenéutica filosófica la que se ha mostrado mejor dispuesta a encarar la ambivalencia de la ciudad contemporánea, de sus modos de reconfigurar el espacio y el tiempo vividos. La manera en que el pensamiento hermenéutico ha sabido reintroducir la temporalidad en la comprensión del estar humano—y pienso aquí en las enseñanzas de la ontología débil de un Gianni Vattimo tanto como en las de un Hans-Georg Gadamer o un Paul Ricoeur— ha dotado a nuestra percepción de la historicidad de los lugares que habitamos de una apertura y polivalencia de las que carecía la concepción decimonónica de una Historia Universal, orientada de forma unidireccional hacia el cumplimiento de un fin absoluto. Los fines que proyectamos se saben ahora irremisiblemente impregnados de la huella de nuestra propia finitud. De ahí que la tentación de la permanencia, común al nervio más íntimo del filosofar y del proyectar arquitectónico, se module en esta clave hermenéutica y tienda a reformularse en términos de un diálogo crítico y nunca concluso con estratos precedentes, con ensoñaciones y núcleos de sentido heredados, convirtiendo el tejido patrimonial en una obra abierta. Para el metarrelato moderno, el ímpetu vanguardista debía liquidar la rémora del pasado, romper con la tradición o, a lo sumo, congelar monumentalmente algunos de sus elementos como signos precursores de su propia epifanía. Para la hermenéutica, es el descubrimiento de nuevos sentidos en el pasado el que, al vivificar así el patrimonio, permite dotar a los nuevos gestos de una capacidad de futuro solidaria con la encarnadura real del ámbito en el que se proponen.

En concreto, la arquitectura ha ido aprendiendo así a desprenderse de la impronta "fundacionalista" del Movimiento Moderno, que pretendía configurar el mundo circundante *ex novo*, y a reconocer en cambio cuánto de constructo viene ya dado en el lugar que ella acepta en cada caso como punto de partida. El *genius loci* no es un atributo primario del espacio, sino un resultado de prefiguraciones culturales y prácticas compositivas anteriores. El habitar precede al construir, sentenció Heidegger. Pero justamente porque él quiso plantear en toda su radicalidad la condición de "yecta", falta de hogar, de la existencia humana, no como un accidente histórico subsanable a través del progreso tecnocientífico, sino como un constitutivo ontológico de nuestro ser, dejó asimismo que otra interpretación se deslizase en este punto, una interpretación según la cual dicho habitar no puede por menos que poseer ya siempre el carácter de un constructo, de un continuo rehacerse y proyectar a partir de las huellas y sedimentos depositados en el terreno en el que uno se encuentra inicialmente instalado. Quizá para una hermenéutica excesivamente conciliadora, Heidegger no estuviera haciendo aquí otra cosa que decir, con enrevesada jerga filosófica, algo bastante simple: que el proyectar precede al construir. Pero para una hermenéutica dotada de sentido trágico, dispuesta a investigar genealógicamente los mecanismos de saber y poder que invisten de sentido común y confortabilidad las estrategias de domesticación de los espacios públicos, vendiendo funcionalidad moderna en viviendas suburbanas y pastiche tradicional en los cascos históricos, remodelados estéticamente al gusto de la nueva burguesía, tal vez esté planteando, incluso en su simplicidad, una pregunta bastante más incómoda, que obliga a repensar en una dimensión más honda las relaciones entre vanguardia y tradición: ¿Sabemos hoy qué significa proyectar? ■